

VALENTIA Y SERENIDAD

Esta semana que recién termina me permitió conocer dos situaciones diferentes, pero con un trasfondo común. La primera es de dominio público: Vimos a la Contralora General denunciar a 25 mil funcionarios públicos, que salieron del país, entre el 2023 y el 2024, mientras tenían una licencia médica activa. La segunda, una situación privada, es un amigo que enfrentó un agudo conflicto con un grupo grande de gente, por una decisión que tomó en conciencia, para cumplir con su deber. Por este motivo fue insultado, grosera y agresivamente, y se hizo escarnio de las cosas que más le importan. Estas situaciones me afectaron profundamente, en el sentido de preguntarme cómo es que la Contralora y mi amigo decidieron exponerse al rechazo enconado de tanta gente. Quiero decir, cómo es la dinámica íntima que impulsa a no amedrentarse ante el hecho de colocarse por decisión propia en el ojo del huracán.

El evangelio de este domingo trae una maravillosa respuesta para comprender a las personas de esta historia y para todas y todos nosotros que nos ha tocado y nos tocará vivir situaciones parecidas. Jesús resucitado se ha aparecido a sus discípulos y discípulas varias veces. El evangelio de hoy, relata la última de todas. Recordemos que la muerte de Jesús los dejó a todos en una situación muy difícil, en riesgo real de ser perseguidos a causa de ser seguidores públicos de Jesús, desconcertados ante la incertidumbre de qué hacer, perplejos ante la tensión entre esconderse y desaparecer, y el deseo de continuar con la misión, pero experimentando temor y falta de líneas de acción claras. En eso estaban cuando Jesús se hace presente y le anuncia que no quedarán solos, que van a recibir ayuda de parte de Dios. A modo de despedida les dice: “La paz les dejo, mi paz les doy; no se las doy como la da el mundo. Que no se turbe tu corazón ni se acobarde.”

Nuestro corazón se turba a causa de vernos enfrentados a situaciones que ponen en riesgo nuestro bienestar, nuestra seguridad y tranquilidad. Para enfrentar bien estas situaciones necesitamos recurrir a la valentía y la serenidad, tal como nos dijo Jesús. Sería más fácil desarrollar capacidad de enfrentar el conflicto si desde siempre nos hubieran enseñado que en la vida no todo está bajo nuestro control, que las situaciones ásperas son parte de la vida y que expandir nuestra humanidad consiste en enfrentarlas con ecuanimidad y coraje.

Valiente es alguien que no se deja dominar por el miedo y hace lo que tiene que hacer, a pesar del peligro, con la voluntad firme de cumplir con lo que señala el bien. Serenidad es la disposición a gestionar las situaciones negativas, con la convicción de que conservar el aplomo es la única garantía de tener claridad mental para tomar decisiones acertadas. Estas dos virtudes hacen parte de la sabiduría necesaria para restaurar el bien. Necesitamos personas valientes y serenas que se arriesguen a la derrota sin exponer el bien.

Damos gracias por el regalo de la invitación de Jesús a vivir los tiempos difíciles procurando que nuestro corazón no se turbe ni se acobarde. Y damos gracias por las personas que, en situaciones complejas, oscuras y amenazantes, las gestionan sabiamente con valentía y serenidad. Gracias especialmente por Dorothy y José.

¡Amen!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 25 de mayo de 2025